

afirmaba la cabeza con un instrumento de madera, hecho en figura de sierpe enroscada, el cual le entraba hasta el cuello; y como el altar era convexo, segun hemos dicho, quedaba el cuerpo arqueado, levantado el pecho y el vientre, é incapaz de hacer la menor resistencia. Acercábase entónces el inhumano Topiltzín, y con un cuchillo agudo de pedernal le abría prestísimamente el pecho, le arrancaba el corazón, y todavía palpitante, lo ofrecía al sol y lo arrojaba á los piés del ídolo; lo ofrecía despues al mismo ídolo y lo quemaba, mirando con veneracion las cenizas. Si el ídolo era gigantesco y cóncavo, solian introducirle el corazón en la boca con una especie de cuchara de oro. Tambien solian untar con sangre de las víctimas los labios del ídolo y la cornisa de la entrada del templo. Si la víctima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza para conservarla, como ya hemos dicho, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el oficial ó soldado que lo habia hecho prisionero y lo llevaba á su casa, para cocerlo y condimentarlo y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero de guerra, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver del altar y se lo llevaba para el mismo objeto. Comian tan solo las piernas, los muslos y los brazos y quemaban lo demás, ó lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los Otomites hacían á la víctima pedazos y vendian éstos en el mercado público. Los Zapotecas sacrificaban los hombres á los dioses, las mujeres á las diosas y los niños á ciertos númenes pequeños.

Tal era el modo más ordinario de sacrificar, con algunas circunstancias más bárbaras, como veremos despues; pero tenían otras especies de sacrificios, que solo se celebraban en ciertas ocasiones. En la fiesta de Teteoínan, la mujer que representaba esta diosa era decapitada, miéntras otra mujer la sostenía en sus hombros. En la de la llegada de los dioses, las víctimas morían en las llamas. En una de las fiestas que hacían á Tlaloc, le sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en el lago. En otra fiesta del mismo dios, compraban tres muchachos de seis ó siete años y encerrándolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre y horror.

SACRIFICIO GLADIATORIO.

Pero el más célebre sacrificio de los Mexicanos era el que los españoles llamaron, con razon, *gladiatorio*. Este era sumamente honroso y solo se destinaba á él los prisioneros más afamados por su valor. Había cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una inmensa muchedumbre de gente, un terraplen redondo, de ocho piés de alto y sobre él una gran piedra redonda, semejante á las de molino, pero mucho mayor, de casi tres piés de alto, lisa y adornada con algunas figuras.¹ Sobre esta piedra, que ellos llamaban *Temalacatl*, ponían al prisionero, armado de rodela y espada corta y atado al suelo por un pié. Con él subía á pelear un oficial ó soldado mexicano, á quien daban mejores armas que las del prisionero. Cada cual puede figurarse los esfuerzos que haría aquel infeliz para evitar la muerte, y los que emplearía su contrario para no perder su reputacion militar, delante de tan gran número de testigos. Si el prisionero quedaba vencido, acudía inmediata-

¹ Los edificios representados en la estampa han sido dibujados caprichosamente por el artista, aunque las azoteas y merlones son como los que los Mexicanos construían.

mente el sacerdote llamado *Chalchiutepehua*, y muerto ó vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abría el pecho y le arrancaba el corazón. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero vencía á aquel y á otros seis, que segun el conquistador anónimo, subían á pelear sucesivamente con él, se le concedía la vida, la libertad y todo cuanto le habian quitado, y se volvía lleno de gloria á su patria.¹ El mismo autor refiere que en una batalla que dieron los Cholutecas á sus vecinos los Huexotzingos, el principal señor de Cholula se empeñó de tal modo en la refriega, que habiéndose alejado de los suyos, fué hecho prisionero y conducido á Huexotzinco: que puesto sobre la piedra del sacrificio, venció á los siete combatientes que se requerian allí para declarar la victoria; pero los Huexotzingos, previendo el daño que podría hacerles un enemigo tan animoso, si le concedían la libertad, le dieron muerte, contra la costumbre universal, y desde entónces quedaron infames á los ojos de todas aquellas naciones.

NUMERO INCIERTO DE LOS SACRIFICIOS.

Acercas del número de víctimas que se sacrificaban anualmente, nada podemos asegurar, por ser muy diversas las opiniones de los historiadores.² El número de veinte mil, que es el que parece acercarse más á la verdad, comprende todos los hombres sacrificados en el imperio y no me parece exagerado; pero si se limita á los niños, ó á las víctimas sacrificadas tan solo en el monte Tepeyacac, ó en la capital, como quieren algunos, lo creo enteramente inverosímil. Es cierto que no habia número fijo de sacrificios, sino proporcionado al de prisioneros que se hacían en la guerra, á las necesidades del Estado y á la calidad de las fiestas, como se vió en la dedicacion del templo mayor de México, que fué cuando la crueldad de los Mexicanos traspasó los límites de la verosimilitud. Lo cierto es que eran muchos, porque las conquistas de los Mexicanos fueron rapidísimas, y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto matar enemigos cuanto hacerlos prisioneros para los sacrificios. Si á estas víctimas se añaden los esclavos que compraban con el mismo objeto y los delinquentes destinados á expiar de aquel modo sus crímenes, hallaremos un número algo mayor que el que señala el Sr. Las Casas, demasiado propenso á excusar á los americanos de los excesos de que los acusaban los españoles.³ Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos y mucho más en los seculares.

¹ Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente, quedaba libre el prisionero; pero yo doy más crédito al conquistador, pues no parece probable que á tan poca costa diesen libertad á un prisionero que podría serles tan perjudicial por su valor, y privasen á los dioses de una víctima tan grata á su crueldad.

² El Sr. Zumárraga, primer obispo de México, en su carta de 12 de Junio de 1531, escrita al capítulo general de su Orden, congregado en Tolosa, dice que en aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas. Otros, citados por Gomara, afirman que el número de los sacrificios llegaba á cincuenta mil. Acosta escribe que habia dias en que en diversos puntos del imperio mexicano se sacrificaban cinco mil y en alguno tambien veinte mil. Otros creyeron que solo en el monte Tepeyacac se sacrificaban veinte mil á la diosa Tonantzin. Torquemada, citando, aunque infielmente, la carta del Sr. Zumárraga, dice que se sacrificaban anualmente veinte mil niños. Por el contrario, el Sr. Las Casas en su impugnacion del sangriento libro del Dr. Sepúlveda, limita estos sacrificios á tan pequeño número, que apenas da lugar á creer que fuesen diez, ó cuando más ciento. No dudo que todos estos escritores exageran: Las Casas por defecto, y los demás por exceso.

³ No sé por qué el Sr. Las Casas, que en sus escritos se vale, contra los conquistadores, del testimonio del Sr. Zumárraga y de los primeros religiosos, los contradice cuando tratan del número de sacrificios.

Acostumbraban los Mexicanos en sus fiestas vestir á la víctima con el mismo ropaje, y adornarla con las mismas insignias que se atribuían al dios en cuyo honor se sacrificaba. Así paseaba toda la ciudad, pidiendo limosna para el templo, en medio de una guardia de soldados, para que no se escapase. Si se escapaba, sacrificaban en su lugar al cabo de la guardia, en pena de su descuido. Cebaban á estos desventurados, como nosotros hacemos con algunos animales.

No se limitaba á esta clase de víctimas la religion mexicana: hacíanse tambien de varias especies de animales. Sacrificaban á Huitzilopochtli codornices y esparavanes; á Mixcoatl, liebres, conejos, ciervos y coyotes. Al sol inmolvaban todos los dias codornices. Cada día, al salir aquel astro, estaban en pié muchos sacerdotes, con el rostro vuelto hácia Levante, cada uno con una codorniz en la mano; y al despuntar el disco del planeta, lo saludaban con música, cortaban la cabeza á los pájaros y se los ofrecían. Despues incensaban al sol, con gran estrépito de instrumentos músicos.

Ofrecían tambien á sus dioses, en reconocimiento de su dominio, varias especies de plantas, flores, joyas, resinas y otros objetos inanimados. A Tlaloc y á Coatlicue presentaban las primicias de las flores y á Centeotl las del maíz. Las oblacones de pan, de masas y de otros manjares, eran tan cuantiosas, que bastaban á saciar á todos los ministros del templo. Cada mañana se veían al pié de los altares innumerables platos y escudillas, calientes todavía, á fin de que su vapor llegase á las narices del ídolo y fuese alimento de los dioses inmortales.

Pero la oblacion más frecuente era de copal. Todos incensaban diariamente á sus ídolos; así que, el incensario era mueble indispensable en la casa. Usaban incensar hácia los cuatro puntos cardinales, los sacerdotes en los templos, los padres de familia en sus moradas y los jueces en los tribunales, cuando iban á fallar una causa grave, civil ó criminal. Esta ceremonia no era en aquellos pueblos un acto puramente religioso, sino tambien un obsequio civil que hacían á los magnates y á los embajadores.

La crueldad y la supersticion de los Mexicanos sirvieron de ejemplo á todas las naciones que conquistaron y á las inmediatas á sus dominios, sin otra diferencia que la de ser menor entre ellas el número de aquellos abominables sacrificios, y de practicarlos con algunas ceremonias particulares. Los Tlaxcaltecas, en una de sus fiestas, ataban un prisionero á una cruz alta y lo mataban á flechazos; en otras ocasiones ataban la víctima á una cruz baja y la mataban á palos.

SACRIFICIOS INHUMANOS EN CUAUHTITLAN.

Eran célebres los inhumanos y espantosos sacrificios que de cuatro en cuatro años celebraban los Cuauhtitlaneses al dios del fuego. El día ántes de la fiesta, plantaban seis árboles altísimos en el atrio inferior del templo, sacrificaban dos esclavas, les arrancaban el pellejo y les sacaban los huesos de los muslos. Al día siguiente se vestían dos sacerdotes, de los de más dignidad, con aquellos sangrientos despojos, y con los huesos en la mano, bajaban á paso lento y profiriendo agudos gritos por las escaleras del templo. El pueblo, agolpado al pié del templo, repetía en alta voz: "Hé aquí á nuestros dioses que se acercan." Cuando llegaban los sacerdotes al atrio inferior, comenzaban al són

de instrumentos un baile que duraba casi todo el día. Entretanto el pueblo sacrificaba tan gran número de codornices, que á veces llegaban á ocho mil. Terminadas estas ceremonias, los sacerdotes llevaban seis prisioneros á lo alto de los árboles, y atándolos á ellos, bajaban; pero apenas habian llegado al suelo, ya habian perecido aquellos desgraciados, con la muchedumbre de flechas que les tiraba el pueblo. Los sacerdotes subían de nuevo á los árboles para desatar á los cadáveres y los precipitaban desde aquella altura. Al punto les abrían el pecho y les sacaban el corazón, segun el uso general de aquellos pueblos. Así estas víctimas humanas, como las codornices, se distribuían entre los sacerdotes y los nobles de la ciudad, para que sirviesen en los banquetes con que daban fin á tan detestable solemnidad.

AUSTERIDAD Y AYUNOS DE LOS MEXICANOS.

No eran aquellos habitantes ménos desapiadados consigo mismos que con los otros. Acostumbrados á los sacrificios sangrientos de sus prisioneros, se hicieron tambien pródigos de su misma sangre, pareciéndoles poca la que derramaban sus víctimas para aplacar la sed infernal de sus dioses. No se pueden oír sin espanto las penitencias que hacían, ó en expiacion de sus culpas ó para disponerse dignamente á celebrar las fiestas religiosas. Maltrataban sus carnes como si fueran insensibles, y vertían su sangre como si fuera un líquido supérfluo.

Algunos sacerdotes llamados *Tlamacazqui*, se sacaban sangre casi diariamente. Clavábanse las agudísimas espinas del maguey y se perforaban algunas partes del cuerpo, especialmente las orejas, los labios, la lengua, los brazos y las pantorrillas. En los agujeros que se hacían con aquellas espinas introducían pedazos de caña, agudísimos al principio, y cuyo volúmen aumentaban progresivamente. La sangre que salía, la guardaban cuidadosamente en ramos de la planta llamada *Acxoyatl*.¹ Clavaban despues las espinas ensangrentadas en unas bolas de heno, que exponían en los merlones del templo, á fin de que constase la penitencia que hacían por el pueblo. Los que se daban á estas prácticas en el recinto del templo, se bañaban en un estanque, el cual, por tener siempre las aguas teñidas de sangre, se llamaba *Ezapan*. Había un cierto número señalado de cañas para esta penitencia, las cuales se guardaban para memoria.

Además de estas y otras austeridades de que despues hablaremos, eran frequentísimos entre los Mexicanos los ayunos y las vigiliás. Apenas había fiesta á la que no se preparasen con ayunos de más ó ménos días, segun lo prescrito en su ritual. El ayuno se reducía, segun puedo colegir de la historia, á abstenerse de carne y vino y á comer una sola vez al día; lo que algunos hacían á medio día, otros despues y muchos estaban sin probar bocado hasta la noche. Acompañaban por lo comun el ayuno con vigilia y con efusion de sangre, y entretanto no les era permitido acercarse á ninguna mujer, ni aun á la legitima.

Entre los ayunos había algunos generales, á los cuales estaba obligado todo el pueblo, como el de los cinco días, que precedía á la fiesta de Tezcatlipoca y el que se hacía en honor del sol.² En semejantes casos, el rey se retiraba

¹ *Acxoyatl* era la planta de muchos tallos derechos, de hojas largas y fuertes y dispuestas con simetria. De estas plantas hacían, y hacen actualmente, buenas escobas.

² El ayuno que se hacía en honor del sol, se llamaba *Netonatiuhzahualo* ó *Natonatiuhzahualistli*. El Dr. Hernandez dice que se hacía despues de cada período de doscientos ó de trescientos años. Creo que sería en el día 1 *olm*, que caía cada doscientos sesenta días.

á cierto sitio del templo, donde velaba y se sacaba sangre, segun el uso de la nacion. Otros no eran obligatorios sino para algunos particulares, como el que hacian los dueños de las víctimas el día ántes del sacrificio. Veinte días ayunaban los dueños de los prisioneros de guerra, que se inmolaban al dios Xipe. Los nobles tenian, como el rey, una casa dentro del recinto del templo, con muchas piezas, á las que se retiraban á hacer penitencia. En una de las fiestas, todos los que servian empleos públicos, despues de haber pasado el día en el ejercicio de sus funciones, empleaban la noche en aquel retiro. Durante el mes tercero, velaban todas las noches los Tlamacazques ó penitentes, y durante el cuarto mes ellos y los nobles.

En la Mixteca, donde habia muchos monasterios, ántes de tomar posesion de sus Estados los primogénitos de los señores, se sometian por espacio de un año á una rigurosa penitencia. Conducian al primogénito en pompa á uno de los monasterios, donde, despojado de sus ropas, le vestian otras impregnadas de goma elástica; le untaban con ciertas yerbas fétidas el rostro, el vientre y la espalda, y le entregaban una lanceta de itztli para que se sacase sangre. Obligábanlo á una rigorosa abstinencia, le imponian las más duras fatigas y castigábanlo severamente por la menor falta que cometia. Cumplido el año, lo conducian á su casa con gran aparato y música, despues de haberlo lavado cuatro doncellas con aguas olorosas.

En el templo principal de Teohuacan, habitaban cuatro sacerdotes célebres por la austeridad de su vida. Vestíanse como la gente pobre; su comida se reducía á un pan de maíz, de dos onzas, y su bebida á un vaso de *atolli*, que era un brebaje hecho con el mismo grano. Cada noche velaban dos de ellos y pasaban el tiempo cantando himnos á sus dioses, incensando los ídolos cuatro veces en la noche y derramando su propia sangre en los hogares del templo. El ayuno era continuo en los cuatro años que duraba aquella vida, excepto en un día de fiesta que habia cada mes, y en el cual les era lícito comer cuanto querian; mas para cada fiesta se preparaban con la acostumbrada penitencia, perforándose las orejas con espinas de maguey y pasándose por los agujeros hasta sesenta pedazos de cañas de diferentes tamaños. Pasados los cuatro años, entraban otros cuatro sacerdotes á ejercer la misma vida, y si ántes de espirar el término moria uno de ellos, lo sustituía otro, á fin de que nunca faltase el número. Era tan grande la fama de aquellos sacerdotes, que hasta los mismos reyes de México los veneraban; pero, ¡desgraciado del que faltaba á la continencia! pues si despues de una menuda indagacion se hallaba ser cierto el delito, era muerto á palos, quemado su cadáver y las cenizas esparcidas al viento.

En ocasiones de alguna calamidad pública, los sumos sacerdotes de México hacian un ayuno extraordinario. Retirábanse á un bosque, donde se construía una cabaña, cubierta de ramos siempre verdes, pues cuando uno se secaba se ponía en su lugar otro nuevo. Encerrado en aquella morada, privado de toda comunicacion y sin otro alimento que maíz crudo y agua, pasaba el sumo sacerdote nueve ó diez meses, y á veces un año, en continua oración y frecuente efusion de sangre.

PENITENCIA CÉLEBRE DE LOS TLAXCALTECAS.

Era tambien famoso en aquel país el ayuno que los Tlaxcaltecas hacian en el año divino, en el cual celebraban una fiesta solemnisima á su dios Camaxtle.

Llegado el tiempo de empezarlo, convocaba á todos los Tlamacazques ó penitentes, su jefe llamado *Achcauhitli*, y los exhortaba á la penitencia, advirtiéndoles que si alguno no se hallaba con las fuerzas necesarias para practicarla, se lo hiciese saber en el término de cinco días; pues si pasado aquel plazo faltase al ayuno, ó lo infringiese una vez empezado, seria calificado de indigno de la compañía de los dioses, despojado del sacerdocio y de todo cuanto poseía. Despues de los cinco días concedidos para tomar una resolucion, subia aquel personaje con todos los que tenian ánimo de hacer la penitencia, que solian ser más de doscientos, al altísimo monte Matlalcueye, en cuya cima habia un santuario dedicado á la diosa del agua. El Achcauhitli llegaba solo á la mayor altura, para hacer una oblacion de piedras preciosas y copal; los otros quedaban á medio monte, rogando á la diosa les diese fuerza y valor para aquella austeridad. Bajaban entónces del monte, y mandaban hacer navajas de itztli, y unas varillas de diferentes tamaños y grueso. Los operarios de aquellos instrumentos ayunaban cinco días ántes de hacerlos, y si rompian un cuchillo ó vara, se tenia á mal agüero, pues indicaba que el operario habia roto el ayuno. En seguida empezaba el de los Tlamacazques, que no duraba ménos de ciento sesenta días. El primer día se hacian un agujero en la lengua para introducir las varas; y á pesar del grave dolor que sentian y de la mucha sangre que derramaban, se esforzaban en cantar á sus dioses. De veinte en veinte días repetian aquella cruel operacion. Pasados los primeros ochenta días de ayuno de los sacerdotes, empezaba el del pueblo, de que ninguno se eximia, ni aun los jefes de la república. A nadie era lícito en aquel tiempo bañarse ni comer la pimienta con que condimentaban sus manjares. Tales son los excesos de crueldad que el fanatismo inspiraba á las desgraciadas naciones de Anáhuac.

EDADES, SIGLO Y AÑO DE LOS MEXICANOS.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora no da tanto á conocer la religion de los Mexicanos ni los excesos de su execrable supersticion, como el catálogo de las fiestas que hacian á sus dioses, y de los ritos que en ellas practicaban; pero ántes de tratar de este asunto, conviene dar cuenta de la distribucion que hacian del tiempo, y del método que tenian en contar los días, los meses, los años y los siglos. Lo que vamos á decir sobre este asunto, ha sido escrupulosamente investigado por hombres inteligentes y dignos, bajo todos aspectos, de la mayor confianza, los cuales se aplicaron con el mayor empeño á este estudio, examinando atentamente las pinturas antiguas y consultando á los Mexicanos y Acolhuas más instruidos. Soy particularmente deudor de estos datos á los religiosos apostólicos Motolinia y Sahagun (de los que sacó Torquemada cuanto hay de bueno en su obra), y al doctísimo mexicano D. Carlos Sigüenza, la verdad de cuyas opiniones he confirmado despues por el exámen que he hecho de muchas pinturas mexicanas, en que están claramente representadas, con sus propias figuras, todas las divisiones cronológicas de aquella nacion.

Distinguan los Mexicanos, los Acolhuas y todas las naciones mexicanas, cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera llamada *Atonatiuh*, esto es, sol ó edad de agua, empezó en la creacion del mundo, y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres en una inundacion general. La segunda, *Tlaltonatiuh*, edad de tierra, duró desde aquella catástro-

fe hasta la ruina de los gigantes y los grandes terremotos, que dieron fin del segundo sol. La tercera *Ehecatonatiuh*, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes y acabó con los grandes torbellinos que exterminaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta, *Tletonatiuh*, edad del fuego, comprende desde la última restauración del género humano, según hemos dicho en la mitología, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego. Creían que esta última edad debía terminar al fin de uno de sus siglos, y tal era el motivo de las estrepitosas fiestas que al principio de cada uno hacían a los dios del fuego, como en acción de gracias de haber escapado de su voracidad y prorogado el término del mundo.

En el cómputo de los siglos, de los años y de los meses, los Mexicanos y las otras naciones cultas del Anáhuac seguían el método de los antiguos Toltecas. Su siglo constaba de cincuenta y dos años, distribuidos en cuatro períodos, cada uno de ellos de trece años; y de dos siglos se componía una edad, llamada *Huehutiliztli*, es decir, vieja de ciento y cuatro años.¹ Daban al fin del siglo el nombre de *Toxiuhmolpia*, que quiere decir, *ligadura de nuestros años*, porque en él se unían los dos siglos para formar una edad. Los años tenían cuatro nombres, á saber: *Tochtli*, conejo; *Acatl*, caña; *Tecpatl*, pedernal, y *Calli*, casa, y con ellos y diferentes números se componía el siglo. El primer año del siglo era *primer conejo*; el segundo, *segunda caña*; el tercero, *tercer pedernal*; el cuarto, *cuarta casa*; el quinto, *quinto conejo*, y así continuaba hasta el año décimotercio, que era *décimotercio conejo*, con el cual terminaba el primer período. Comenzaba el segundo con *primera caña*, y seguía *segundo pedernal*, *tercera casa*, *cuarto conejo*, hasta acabar con *décimatercia caña*. El tercer período empezaba con *primer pedernal*, y terminaba en *décimotercio pedernal*; el cuarto empezaba en *primera casa*, y acababa con *décimatercia casa*: así que, siendo seis los nombres: y trece los números, no había un año que pudiera confundirse con otro.² Se entenderá más fácilmente todo esto con la ayuda de la tabla que se hallará al fin de este volumen.

El año mexicano constaba, como el nuestro, de trescientos sesenta y cinco días; porque aunque los meses eran diez y ocho, cada uno de veinte días, lo que forma tan solo trescientos sesenta, añadían al último mes cinco días, que llamaban *Nemontémi*, es decir, inútiles, porque en ellos no hacían más que visitarse unos á otros. El año *primer conejo*, primero del siglo, empezaba en 26 de Febrero; pero cada cuatro años se anticipaba un día el año mexicano, por causa del día intercalar de nuestro año bisiesto, de modo que los últimos años empezaban el 14 de Febrero, por causa de los trece días que interponían en el curso de cincuenta y dos años. Terminado el siglo, volvía á principiar el año en 26 de Febrero, como se verá después.³

Los nombres que daban á sus meses se tomaban de las fiestas, de las operaciones que en ellos hacían y de los accidentes ó particularidades de sus res-

¹ Algunos autores dan á la edad el nombre de siglo, y á éste el de medio siglo; mas esto poco importa, pues esta denominación no altera el cálculo cronológico.

² Boturini asegura, contra el dictámen común de los autores, que no empezaban todos los siglos por el *primer conejo*, sino por alguno de los otros primeros; pero se engaña, pues todo lo contrario consta en los buenos autores antiguos y en las pinturas. Dice además que nunca entraba en cuatro siglos el mismo nombre, con el mismo número; pero cómo puede ser esto, cuando no había más que cuatro nombres ó caracteres, y trece números?

³ Son diversos los pareceres de los autores acerca del día en que empezaba el año mexicano. La causa de esta variedad, fué la que resulta de nuestros años bisiestos. Quizás alguno de aquellos escritores habló del año astronómico mexicano, y no ya del religioso, que es el asunto de este artículo.